

19 de diciembre

Lecturas de la liturgia de las horas

PRIMERA LECTURA

Del Libro del Profeta **Isaías** 47, 1, 3b-15

SEGUNDA LECTURA

Del Tratado de San Irineo, Obispo, contra las herejías
(Libro 3, 20, 2-3: SCh 34, 342-344)

La economía de la encarnación redentora

La gloria del hombre es Dios; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder.

De la misma manera que los enfermos demuestran cuál sea el médico, así los hombres manifiestan cuál sea Dios. Por lo cual dice también Pablo: *Pues Dios nos encerró a todos en la rebeldía para tener misericordia de todos*. Esto lo dice del hombre, que desobedeció a Dios y fue privado de la inmortalidad, pero después alcanzó misericordia y, gracias al Hijo de Dios, recibió la filiación que es propia de Éste.

Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente de cuanto ha sido creado y de quien lo creó, que no es otro que el poderosísimo Dios que hace que todo exista, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de Él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que murió por él.

Porque el Hijo de Dios se encarnó *en un carne pecadora como la nuestra*, a fin de condenar al pecado y, una vez condenado, arrojarlo fuera de la carne. Asumió la carne para incitar al hombre a hacerse semejante a Él y para proponerle a Dios *como modelo a quien imitar*. Le impuso la obediencia al Padre para que llegara a ver a Dios, dándole así el poder de alcanzar al Padre. La Palabra de Dios, que habitó en el hombre, se hizo también *Hijo del hombre*, para habituar al hombre a percibir a Dios, y a Dios a habitar en el hombre, según el beneplácito del Padre.

Por esta razón el mismo *Señor nos dio como señal* de nuestra salvación al que es *Dios-con-nosotros, nacido de la Virgen*, ya que era *el Señor mismo* quien *salvaba a aquellos* que no tenían posibilidad de salvarse por sí mismos; por lo que Pablo, al referirse a la debilidad humana, exclama: *Sé que no es bueno eso que habita en mi carne*, dando a entender que el bien de nuestra salvación no proviene de nosotros, sino de Dios; y añade: *¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo presa de la muerte?* Después de lo cual se refiere al libertador: *la gracia de nuestro Señor Jesucristo*.

También Isaías dice lo mismo: *Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes; decid a los cobardes de corazón: «Sed fuertes, no temáis.» Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona y os salvará*; porque hemos de salvarnos, no por nosotros mismos, sino con la ayuda de Dios.